

soportado la prueba, y que, puesto que Holanda, España é Italia están representadas aquí, no veo razón para que no lo esté Francia.

—Está bien,—dijo el presidente.—Los que opinan que el nombre de Alsacia deba entrar en la urna como los demás, que levanten la mano.

Todas las manos se levantaron.

—Hermano,—dijo el presidente,—la Alsacia es alemana.

Y echó en la urna una décimoctava bola blanca, que le presentaba el vigilante. —Y ahora,—prosiguió,—procedamos por orden alfabético.

Y, llamando, —¡Alsacia!—dijo.

El joven se adelantó hacia la urna y, en el momento en que hundió su mano, hubiera podido verse en su semblante una vacilación, de la que ni sombra había mostrado al dar la voz de: «¡Fuego!» Sacó una bola blanca.

—¡Blanca!—exclamó, mal ocultando su alegría.

—¡Blanca!—repitieron todas las voces.

—¡Baden!—llamó el presidente.

Schlick metió resueltamente la mano en la urna y sacó una bola blanca. —¡Blanca!—dijeron todas las voces.

—¡Baviera!—prosiguió el presidente.

El diputado de Baviera se adelantó, hundió la mano en la urna y sacó la bola negra.

—¡Negra!—dijo, con voz tranquila y casi gozosa.

—¡Negra!—repitieron todas las voces.

—Está bien,—dijo el diputado de Baviera.—Dentro de tres meses estará muerto Napoleón ó yo seré fusilado.

—¡Viva la Alemania!—repitieron en coro todas las voces.

Y como el objeto de la sesión estaba cumplido, los Amigos de la Virtud se separaron.

VI

*Seis pulgadas más abajo,
el rey de Francia se hubiera llamado Luis XVIII.*

Una noche, en un rincón del palacio imperial de Schoenbrunn, el joven duque de Reichstadt conversaba con los hijos del príncipe Carlos; y, hablando entre ellos, los niños se reían tan fuerte, que el príncipe, que al otro lado conversaba gravemente con el emperador, los archiduques y las archiduquesas, temiendo que Altezas y Majestades se sin-

tieran molestados por las risas de los augustos niños, creyó necesario intervenir, y de un extremo al otro del salón preguntó á los niños qué causaba su alegría y á propósito de qué se reían de aquella manera.

—¡Oh papá!—respondió el mayor de los hijos del archiduque.—No hagáis caso; es Reichstadt, que nos cuenta cómo su padre os batía siempre, y esto nos divierte.

El archiduque Carlos, que era un buen hombre, se rió de mejor gana aún que los niños; lo que, visto por el emperador, los archiduques y las archiduquesas, se echaron á reír con tanto ó más gusto que el archiduque Carlos.

Es cierto que, en la época en que tan francamente se reían en Viena de las derrotas del ilustre archiduque, el vencedor de Tengen, de Abensberg, de Landshut, de Eckmühl y de Ratisbona había muerto.

La anécdota es auténtica; me ha sido contada por la reina Hortensia, durante los ocho días de hospitalidad que quiso concederme, en 1832, en el castillo de Arenenberg, poco tiempo después de la muerte del rey de Roma.

Consagremos un capítulo al relato de aquella campaña de 1809, una de las más maravillosas de Napoleón.

El 17 de abril dejamos al emperador en Donauwörth, pronto á transmitir sus órdenes á sus mariscales y á sus tenientes. Aquel á quien más le importaba que llegaran, puesto que era el más lejano y, por consiguiente, debía recibirlas con más dilación, era el mariscal Davoust, que, según sabemos, ocupaba Ratisbona. Así es que el primer oficial que mandó á llamar Napoleón para entregarle los despachos que acababa de dictar, fué el teniente Pablo Richard; pero el príncipe de Neuchâtel, royéndose las uñas y con visible embarazo, participó al emperador que había dispuesto de aquel oficial para una misión particular.

Es verdad que, en su lugar, ofrecía, en el caso de el emperador se empeñara absolutamente en que su despacho fuera llevado por un oficial de nombre Richard; es verdad, decimos, que el príncipe de Neuchâtel ofrecía al teniente Luis Richard, que había llegado de Italia.

Pero el emperador declaró que, del momento que no se devolvía al mariscal Davoust el mismo hombre que el mariscal le había enviado, poco le importaba el nombre de su correo, con tal de que fuera activo, animoso é inteligente.

Presentóse un oficial. El emperador le entregó el despacho dirigido al mariscal Davoust.

Por otra parte, Berthier hizo tomar dos copias de

aquel despacho, y las expidió por medio de otros dos hombres y por diferentes caminos. ¡Hubiera sido mucha desgracia que de tres correos no llegara uno!

He aquí las órdenes del emperador á su lugarteniente:

«Salir inmediatamente de Ratisbona, dejando, no obstante, un batallón para guardar la ciudad;

»Remontar el Danubio, andando con prudencia, pero con resolución, entre el río y la masa de los austriacos;

»Reunirse, en fin, con él, Napoleón, por Abach y Ober-Saal, en los alrededores de Abensberg, hacia el lado en que se vierte en el Danubio.»

Expedidas estas órdenes á Davoust, precisaba avisar á Massena. Halláronse otros tres mensajeros, y se le expidió la siguiente orden triplicada:

«El emperador ordena al mariscal Massena que deje Augsburgo el 18 por la mañana, para bajar, por la vía de Pfaffenhofen, sobre el Abens, en el flanco izquierdo de los austriacos, reservándose en seguida el emperador dirigir la marcha del mariscal hacia el Danubio, hacia el Isar, hacia Neustad ó hacia Landshut.

»El mariscal partirá sembrando el rumor de una marcha hacia el Tirol, y dejando en Augsburgo un buen comandante, dos regimientos alemanes, todos los hombres enfermizos ó cansados, víveres, municiones y, en fin, con qué sostenerse quince días.

»El emperador recomienda al mariscal que baje hacia el Danubio á toda prisa, pues jamás tuvo tanta necesidad de su adhesión.»

El despacho terminaba con estas tres palabras y con esta tercera parte de firma, escritos de propia mano del emperador:

«¡ACTIVIDAD Y VELOCIDAD!—NAP.»

Después de expedir esos dos despachos, Napoleón preguntó por el teniente Luis Richard, si Berthier, no obstante, no le había enviado en comisión como á su hermano.

El joven se presentó muy contento por haber visto á su querido Pablo, vigorizado por dos horas de descanso y pronto á ponerse otra vez en camino.

El emperador le entregó, para el príncipe Eugenio, una carta concebida en estos términos:

«Señor: Habéis perdido, dejándoos derrotar en Pordenone, la fortuna de entrar con nosotros en Viena, donde estaremos, probablemente, hacia el 15 del mes próximo.

Reuníos con nosotros tan pronto como podáis y dirigíos directamente á la capital de Austria: ningún cambio han sufrido las órdenes que os remití.

»Sin más, señor príncipe, no teniendo más objeto la presente, ruego á Dios que os tenga en su santa y digna custodia.—*Napoleón.*

»P. S.—Mando orden al general Macdonald que se una al ejército de Italia, con órdenes particulares que no comunicará más que á vos.»

El joven oficial recibió la carta de propias manos del emperador, se inclinó, salió, saltó á caballo y desapareció.

Un instante después, el emperador dejó Donauwoerth y partió para Ingolstadt.

Ingolstadt le colocaba entre Ratisbona y Augsburgo, es decir, en el centro del movimiento.

En Donauwoerth, el emperador estaba á veintidós leguas de Ratisbona, y sólo á ocho ó nueve leguas de Augsburgo.

El resultado fué que Massena recibió sus órdenes hacia las cinco y pudo hacer inmediatamente sus preparativos de marcha para el siguiente día 18, al apuntar el alba, mientras que Davoust sólo hasta muy entrada la noche no recibió las órdenes que le concernían.

El mariscal necesitó todo el día 18, en primer lugar para reunir sus 50,000 hombres; luego para organizar la división Friant—que durante el trayecto que acababa de recorrer de Bayreuth á Amberg había escaramuceado por un instante con el cuerpo de ejército austriaco del general Bellegarde, y que, por su buena conducta, había cubierto la marcha del cuerpo á que pertenecía—, y, en fin, para llevar la totalidad de sus tropas desde la orilla derecha á la izquierda del Danubio, mientras que la división Morand permanecía en orden de batalla bajo los muros de Ratisbona.

Aquel ejército de Bellegarde, compuesto de 50,000 hombres, al que hubo que contener para que no tomara parte en el combate que iba á entablarse, era el ejército de Bohemia, que, en su sistema de concentración, había llamado el archiduque Carlos.

El día 18, pues, lo empleó el mariscal Davoust en hacer pasar de la orilla derecha á la izquierda las divisiones Saint-Hilaire y Gudin, y la caballería pesada del general Saint-Sulpice, mientras que la caballería ligera del general Montbrun, extendiéndose en forma de abanico por

Straubing, por Eckmühl y por Abach, practicaba reconocimientos con objeto de asegurarse de la verdadera posición del archiduque; pues el mariscal Davoust, como si le faltara aire para él y sus 50,000 hombres, se sentía instintivamente preso entre el ejército de Hungría, que acababa de rechazar la división Friant, y la masa del ejército austriaco, que llegaba por la vía de Landshut.

El punto de reunión general, como hemos visto, era la meseta del Abens en Abensberg.

Por la mañana del 18, el mariscal Davoust se puso en marcha.

Nosotros no hacemos la historia de aquella célebre campaña, y, por consiguiente, no seguiremos la hermosa, prudente y sabia marcha del mariscal por la orilla izquierda del gran río, en medio de sus terribles enemigos; nos contentaremos con seguir el hilo sombrío de una conspiración que tenía por objeto realizar, con el puñal, lo que la fortuna se resistía á hacer con la espada, el fusil ó el cañón.

En medio de aquel gigantesco movimiento, vamos á seguir los pasos de Napoleón, puesto que él es el que está particularmente amenazado por los acontecimientos que nos ha dado á conocer el precedente capítulo.

En la noche del 19 al 20 descendió de Ingolstadt á Vohburgo; allí supo que, después de una ligera escaramuza, los austriacos que habían avanzado hasta Abensberg —lugar que había designado por punto de reunión—, habían sido rechazados, y que la meseta á donde debían desembocar las tropas del mariscal Davoust estaba libre.

Durante todo el día 19 habíase oído el cañoneo.

El 20, á las nueve de la mañana, una cabalgata, compuesta del emperador y de todo el Estado Mayor del príncipe de Neuchâtel, precedida por los guías, llegó á la meseta de Abensberg, y se detuvo en el punto más elevado del castillo, á cien pasos, poco más ó menos, de la casa del pastor Stiller.

Habíase ofrecido á Napoleón que subiera á una casa; pero prefirió permanecer al aire libre, en un sitio escarpado, desde donde dominaba todo el país, á su derecha hasta Birwang, á su izquierda hasta Thann.

Por lo demás, á consecuencia de una conversación con su espía Schlick, el príncipe de Neuchâtel había tomado algunas precauciones para proteger la persona del emperador. Desde la víspera, todo el regimiento que ocupaba Abensberg, había recibido orden de alojarse en las casas

que rodeaban la meseta y de acampar entre los intervalos de las casas y en las ruinas del viejo castillo.

Napoleón, sin que se apercibiera, y sobre todo sin que su preocupación le permitiera apercibirse, estaba, pues, rodeado de soldados que velaban por él. Además, el emperador no se ocupaba jamás en precauciones de ese género; esto atañía á su séquito; sea que creyese en la Providencia como un cristiano, en la fatalidad como un musulmán, ó en el destino como un romano, ofreciase á la bala del enemigo lo mismo que al puñal de los fanáticos; su vida correspondía á Dios, que tenía sus designios acerca de él.

Allí, según costumbre, instaláronle una mesa, desplegaronle mapas y se le dieron informes.

He aquí lo que había ocurrido la víspera:

El mariscal Davoust había partido de Ratisbona al apuntar el día, en cuatro columnas: la vanguardia avanzando, á la izquierda, por la gran carretera de Ratisbona á Landshut, pasando por Eckmühl; dos columnas andando por el centro por caminos vecinales; y, por fin, la extrema derecha, compuesta de los bagajes, y siguiendo la carretera que se extiende á lo largo del Danubio de Ratisbona á Mainbourg.

El mismo día, el archiduque Carlos, que se hallaba en Rohr, es decir, en una meseta semejante á la de Abensberg, y dominando á la vez el valle del Danubio y el del gran Laber, río que, siguiendo un curso opuesto al del Abens, va á verterse en el Danubio á quince leguas más arriba de Ratisbona, mientras que el Abens se vierte en el mismo río á quince leguas más abajo; el mismo día, 19 de abril, decimos, al mismo tiempo que el mariscal Davoust, recibía y ejecutaba la orden de marchar sobre Abensberg, el príncipe Carlos, creyendo hallar al mariscal en Ratisbona, tomaba la resolución de marchar contra él, y de aplastarle entre los 80,000 hombres de tropas que conducía y los 50,000 hombres del ejército de Bellegarde, que debían llegar por la Bohemia, y que, según hemos visto, llegaban efectivamente, puesto que habían chocado con la división Friant.

Resultaba de esos dos movimientos, que Napoleón debía hallar á Abensberg libre, y el príncipe Carlos, salvo el regimiento que había dejado el mariscal Davoust, evacuada Ratisbona; pero también, en un

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

línea diagonal que recorrían, las extremas izquierdas de ambos ejércitos debían chocar inevitablemente.

El príncipe Carlos seguía la vertiente oriental de la cadena de colinas que separa el valle del Danubio del valle del gran Laber; el mariscal Davoust seguía la vertiente occidental.

A las nueve de la mañana, dos de nuestras cabezas de columna habían franqueado la cresta de las colinas, y de la vertiente occidental pasaron á la oriental.

La división Gudín, que formaba nuestra extrema izquierda, había enviado lejos á los tiradores del 7.º ligero; esos tiradores se encontraron con los del príncipe de Rosenberg, cambiando con ellos un cierto número de disparos; pero el mariscal Davoust, reconociendo que el choque no era nada serio, puso su caballo al galope, dando personalmente la orden á las dos columnas de continuar su marcha, y á los tiradores que siguieran á las columnas fingiendo ceder terreno.

Los tiradores austriacos se apoderaron, pues, de la aldea de Schneidart, evacuada por el 7.º ligero, y el cuerpo del general Rosenberg, al que pertenecían, se había encaminado hacia Dinzing, mientras que el cuerpo del general Hohenzollern entraba en Hansen, que evacuaban las últimas compañías del 7.º ligero, y ocupaba una masa de bosque, formando frente á frente de la aldea de Tengen, una inmensa herradura.

Allí era donde verdaderamente debían chocar las dos extremas izquierdas, francesa y austriaca; y allí, en efecto, chocaron.—Eran las noticias de ese choque las que llevaban á Napoleón.

¡Había sido terrible!

Se había combatido en Dinzing: los combatientes, en aquel punto, eran Montbrun contra Rosenberg.

Habíase combatido en Tengen: los combatientes en ese punto, eran Saint-Hilaire y Friant contra Hohenzollern y los príncipes Luis y Mauricio de Liechtenstein.

Hubo, además, otros combates entre todos los puestos intermediarios que unían las dos extremas izquierdas.

Únicamente que el archiduque Carlos se había equivocado; tomó nuestra extrema izquierda por nuestra extrema derecha; creyó tener enfrente á Napoleón y todo el grueso del ejército francés, mientras que el grueso del ejército francés se hallaba, al contrario, entre el Danubio y el grueso de su propio ejército.

Resultado de su error fué, que el príncipe Carlos permaneció en las alturas del Grub, inmóvil espectador del combate, con doce batallones de granaderos, sin querer arriesgar una batalla definitiva antes de que se le reuniera el cuerpo de ejército del archiduque Luis.

En su consecuencia, envió sus órdenes al archiduque Luis, y permaneció en el sitio, preparándose con la prudente lentitud de los príncipes de Austria, á atacar tan sólo al día siguiente.

Véanse ahora los detalles que recogía Napoleón sobre el combate de la víspera:

La vanguardia del general Montbrun había perdido 200 hombres; la división Friant, 300; la división Saint-Hilaire, 1,700; la división Morand, 25; los bávaros, 100 ó 150 caballeros.—En junto, 2,500 hombres, aproximadamente.

Por su parte, el enemigo había perdido: en Dinzing, 500 hombres; en Tengen, 4,500; en Buch y en Arnhofen, 7 ú 800.—Total, cerca de 6,000 hombres.

Napoleón vió lo que no había visto el archiduque Carlos; como el águila de la que hizo su escudo de armas, era uno de sus privilegios volar por encima de los acontecimientos con las alas de su genio. Casi al mismo tiempo que llegaba á Abensberg, el mariscal Davoust llegaba también por Tengen y Burtdorff, el mariscal Lannes aparecía por la parte de Neustadt, y la división de Wrède, establecida de Biburgo á Siegenburgo, se hallaba pronta para pasar el Abens.

Napoleón decidió que el ejército fuese á concentrar su esfuerzo en Tengen, forzar los puestos del centro del ejército austriaco, cortar en dos la línea de operación del archiduque Carlos, echar toda su retaguardia al Danubio y á Landshut; hecho lo cual, se revolvería, y si el príncipe Carlos no se hallaba en la parte de ejército destruida ó dispersa, volvería, con todas sus fuerzas, á tomar al archiduque y su ejército entre dos fuegos.

De consiguiente, ordenó al mariscal Davoust que se mantuviese firme con 24,000 hombres en Tengen; ordenó á Lannes que le precediese con 25,000 hombres y se apoderase de Rohr á toda costa; ordenó al mariscal Lefebvre, que mandaba 40,000 wurtembergueses y bávaros, que tomara Arnhofen y Offenstetten; en fin, previendo que, al día siguiente, la retaguardia austriaca derrotada intentaría repasar el Danubio en Landshut, ordenó al mariscal Mas-

sena, á quien no necesitaba del momento que disponía de una masa de 90,000 hombres, que se dirigiera directamente á Landshut, por Freising y Moosburgo.

Después vió desfilar ante él á los bávaros y wurtembergueses, que iban á ponerse en línea, enemigos convertidos en aliados, arengándolos á medida que iban pasando, y dejando, después de cada período, el tiempo necesario para que los oficiales tradujeran sus palabras en alemán.

Decíales:

«Pueblos de la gran familia germánica, no es por mí que os hago combatir hoy, sino por vosotros; defendiendo vuestra nacionalidad contra la ambición de la casa de Austria, desesperada al ver que no os tiene bajo su yugo.

»Esta vez, yo os devolveré muy pronto, y para siempre, la paz, con tal acrecentamiento de poderío, que en adelante os podréis defender vosotros mismos contra las pretensiones de vuestros antiguos dominadores.

»Por lo demás,—añadió, montando á caballo y tomando sitio en sus filas,—hoy voy á combatir con vosotros, y entrego la fortuna de Francia y mi vida á vuestra lealtad.»

Apenas hubo pronunciado estas palabras, se oyó un tiro, y su sombrero, saltándole de la cabeza, cayó á los pies del caballo.

Decimos mal que se oyó un tiro; apenas si el tiro se oyó en medio del tumulto, y la caída del sombrero fué atribuida al movimiento algo brusco que acababa de hacer su caballo.

Un oficial bávaro salió de las filas, recogió el sombrero y lo presentó á Napoleón.

Napoleón lo inspeccionó con rápida ojeada, sonrió y se lo puso otra vez en la cabeza.

Hecho esto, la masa se movió, bajando de la meseta y dirigiéndose á Arnhofen.

Llegado al pie de la meseta, Berthier se acercó al emperador para recibir sus últimas órdenes; Napoleón se las dió; luego, tomando su sombrero y enseñando al generalísimo el agujero de una bala:

—Seis pulgadas más abajo,—le dijo con tranquilidad,—y el rey de Francia se llamaría Luis XVIII.

Berthier palideció al ver el peligro de que había escapado el emperador, é inclinándose hacia un ayudante, dijo:

—Que se llame en seguida al teniente Pablo Richard.

VII

Cinco victorias en cinco días

Lo que había previsto Napoleón, sucedió.

Lannes, que ocupaba la izquierda con 20,000 peones, 1,500 cazadores y 3,500 coraceros, avanzó sobre Rhor, que, según recordaremos, debía tomar á toda costa, por Offenstetten y Bachel.

Atravesaba un país sembrado de bosque y cortado por numerosos desfiladeros; de modo que, la cabeza de su columna chocó de pronto, y por el flanco, con el general austriaco Thierry y su infantería; la caballería —que estaba realizando el movimiento ordenado por el archiduque sobre Ratisbona—, la caballería, andando con más velocidad que la infantería, había pasado ya.

Lannes hizo cargar aquella infantería por sus 1,500 hombres á caballo, que cayeron sobre ella á brida suelta.

En lugar de formar el cuadrado y esperar la carga, la infantería, que ignoraba el escaso número de caballeros con quienes tenía que habérselas, procuró ponerse al abrigo de los bosques; pero antes de que pudiera llegar fué acuchillada.

El general Thierry se retiró en desorden hacia Rohr, en donde encontró al general Schusteck.

Ambos generales reunieron sus fuerzas.

Pero Lannes recordaba la orden recibida, de tomar Rohr á toda costa, y sus cazadores perseguían á los fugitivos con la punta de los sables en los ijares.

Los generales austriacos tenían 3,000 húsares que lanzaron contra los cazadores; Lannes, al ver el movimiento, lanzó, por su parte, un regimiento de coraceros que atravesó de parte á parte la división de húsares y la obligó á refugiarse en la aldea de Rohr.

En aquel momento llegaban nuestros 20,000 peones.

El 30° regimiento, sostenido por los coraceros, atacó la aldea de frente, mientras que el 23° y el 17° se destacaban á derecha é izquierda para envolverla.

Los dos generales austriacos no permanecieron en la aldea más que el tiempo de ponerse en retirada: al cabo de media hora de combate, sus columnas se replegaron de Rohr hacia Rothenburgo.

Lannes destacó un mensajero que partió á galope, para